

THE HORUS HERESY®

Gav Thorpe

ÁNGELES DE CALIBAN

Emperadores y esclavos



timunmas



THE HORUS HERESY®

ÁNGELES
DE CALIBAN

Gav Thorpe

timun**mas**

Título original: *Angels of Caliban*

Traducción: Traducciones imposibles, 2019

Angels of Caliban © Copyright Games Workshop Limited 2017.

Angels of Caliban, Ángeles de Caliban, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2017 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2019. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0621-4

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 3.578-2019

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

¿Dónde está Zephath?

Ultramar, 011.M31

El señor de la I Legión se sentó como lo hacía a menudo: recostado, en el trono adornado con marfil y obsidiana. El asiento formaba parte del trono y era una reliquia de Caliban que lo mantenía conectado a su mundo natal, pero también, una declaración de continuidad. Incluso aquí, a bordo de la barcaza de batalla *Hazañas de Honor*, el trono aseguraba a sus subordinados, y al propio León, que todo estaba en orden, tal y como pretendía el primarca. Sus codos descansaban sobre los brazos esculpidos del trono, pero tenía los dedos entrelazados frente a la cara, apenas tocándole los labios. No parpadeaba; el verde puro de los bosques de Caliban habitaba sus ojos, que miraban fijamente hacia delante. Observaban un hololito titilante que representaba a los Quienientos Mundos.

El gran reino de Ultramar. El Reino de Guilliman. Bastión del Este. El Muro Exterior. Había nombres de sobra para la confederación de mundos creados por Roboute Guilliman y sus Ultramarines de la XIII Legión. Ahora tenía otro.

Imperium Secundus.

¿Se trataba de una segunda oportunidad para la supervivencia de la humanidad o de un acto de traición que rivalizara con la rebelión de Horus? El León todavía no estaba seguro, pero había jurado que actuaría como su protector.

Sanguinius era el nuevo emperador, el líder que Horus debería haber sido. Era un hermano digno de tales juramentos, tal vez el único. Era el representante. Si no fuera por él, el León habría terminado con el Imperium Secundus antes de que se convirtiese en el acto de herejía que tan fácilmente podría haber sido.

Guilliman, el creador del gran proyecto, era el hombre de estado y administrador. El León no podía desacreditar los logros del hijo de Macragge; estos no tenían rival, excepto por el propio Imperio. Poseía una gran visión, atención al detalle y una energía implacable.

Debido a todas estas cualidades, Guilliman carecía de la fortaleza necesaria para gobernar el imperio que había creado. Era demasiado propenso a la diplomacia, y le gustaba demasiado firmar acuerdos. Incluso, en ocasiones, era demasiado pragmático. De todos los primarcas, solo Guilliman podía haber concebido el Imperium Secundus y haberlo hecho realidad en tan poco tiempo. En otros, tal planificación podría considerarse como cínica, pero la doctrina teórica y práctica de Guilliman era perfecta; un principio moral que tenía en gran estima.

Quinientos Mundos. Perdido entre ellos, estaba la presa del León: Konrad Curze, el Acechante Nocturno, otro de sus hermanos semidioses. Un loco dentro de un cuerpo sobrehumano. Un peligro real para todo lo que esperaban lograr con el Imperium Secundus.

Pero era más que eso: el asunto entre Curze y el León se había vuelto personal en el momento en que el Acechante Nocturno había intentado matarlo en Tsagualsa. Aún sentía vergüenza por haber perdido al primarca en Macragge. Tras eso, llegaron la muerte y la anarquía. Había sido humillado ante sus hermanos, les había mostrado su debilidad.

Curze se escondía en algún lugar de los Quinientos Mundos. El León lo encontraría. Había crecido cazando a las peores bestias que Caliban había albergado, con nada más que su astucia y su fuerza. Esto no era diferente.

Esta vez no dejaría escapar al Acechante Nocturno.

Había tres personas más en la habitación con el primarca. Además de haberse traído su trono de Aldurukh, al León lo acompañaba el personal más experimentado que tenía en la *Razón Invencible*: oficiales en los que confiaba, que habían demostrado ser dignos en muchas batallas junto al primarca. Stenius era ahora el capitán en funciones de la *Hazañas de Honor*. Su rostro medio paralizado, que contaba con ayuda biónica, brillaba bajo las luces de la sala de audiencias. Farith Redloss, teniente electo de la Dreadwing, era bajo y fornido; tenía la cabeza rapada y las

mejillas rasuradas, pero una trifurcada barba negra. Holguin, alto y tan delgado como un perro de caza de excelente crianza, tenía el cabello teñido de rojo engominado hacia atrás y era el líder que habían elegido los veteranos de la Deathwing.

Una gran cantidad de comandantes, tenientes, capitanes y maestros esperaban las órdenes del primarca, pero ninguno con tanto entusiasmo como los tres Space Marines que compartían la cámara de mando con él.

—¿Cuál de todos es Zephath? —preguntó Holguin, mirando hacia arriba, a la pantalla hololítica que giraba suavemente por encima de ellos.

—Ese —respondió Stenius. El capitán tenía una caja de voz cibernética, cuyos tonos se esforzaban por transmitir los matices del habla. Si a eso se añadían los músculos atrofiados de su rostro, parecía un hombre desprovisto de toda emoción, pero el León sabía que nada más lejos de la realidad. Stenius presionó algunas runas en la cápsula de control de su mano y uno de los sistemas estelares se iluminó con un brillo azul—. Designación terrana, Suspensión Sigma Cinco. Zephath. Cuerpo estelar aislado estándar, uno habitable, tres núcleos internos, cinco mundos de anillos externos. Instalaciones secundarias corrientes.

—Lee el informe otra vez —pidió el León en voz baja, dirigiendo su mirada hacia Holguin. El teniente electo levantó una ficha de datos.

—Los bibliotecarios informaron sobre «una gran oscuridad que cae sobre un mundo gris y azul. Llamas interminables, una cacofonía de agonía vertida sobre los cielos. La masacre se expande con rapidez, portada por las alas de medianoche». Pudieron identificar a Zephath como el mundo de origen, mi señor.

—Hay muchos sistemas sangrando en este momento, mi señor —dijo Redloss—. Los restos de las legiones de Lorgar y de Angron se han quedado dispersos por los Quinientos Mundos. ¿Qué os hace pensar que Curze está en Zephath?

Solo un puñado de personas conocía el verdadero propósito del León: una búsqueda para corregir el error que había cometido al permitir que Curze escapara. Para el resto de los Dark Angels, para Sanguinius y Guilliman, el León y sus guerreros estaban sellando las fronteras y llevando proyectiles y autoridad a los sistemas de los márgenes de los Quinientos Mundos.

—Hermanito, sabes que admiro lo directo que eres —dijo el León—. Es la cualidad que más admiro en la Dreadwing. Pero, a veces, hay que prestar atención a las sutilezas. «Por las alas de medianoche». ¿Has escuchado una frase similar antes?

—Los Night Lords a veces se describen a sí mismos como «vestidos de medianoche», mi señor —dijo Stenius.

—No parece suficiente, mi señor —dijo Redloss—. Y eso nos llevaría al borde de los Quinientos Mundos.

El primarca aceptó su opinión sin hacer ningún comentario.

Ya había considerado todas y cada una de las dudas que se habían planteado en voz alta. Por el contrario, la contribución de Holguin brillaba por su ausencia. El León extendió una mano hacia el líder fraterno de la Deathwing.

—¿No vas a dar tu opinión sobre esto?

—Ya conocéis mi postura, mi señor. No tengo nada más que añadir.

—Por supuesto. Crees que no deberíamos preocuparnos por Curze. Crees que deberíamos abandonar la idea de llevar ante la justicia al individuo que ha matado a muchos de nuestros hermanos y a un incalculable número de personas.

—No abogo por abandonar la caza —objetó Holguin con vehemencia. Se le había encendido el rostro—. No sé ni cuántos antiguos compañeros perdí en el conflicto de Thramas. Solo digo que es imposible. Curze podría estar en cualquier parte. Con toda probabilidad, ha huido de los Quinientos Mundos y ha desaparecido en la Tormenta de Ruina. Es mejor que usemos ese tiempo en garantizar la seguridad del nuevo Imperio, que es otro de nuestros deberes.

—Curze es una amenaza para esa seguridad de la que hablas —dijo Redloss—. No puedes ignorarlo.

—Yo... —Holguin respiró, apartó los ojos del León para mirar a Redloss y volvió a posarlos de nuevo sobre el León—. Ya he dicho que se sabía cuál era mi opinión, pero eso no tiene nada que ver con la situación actual. Mi señor, obedeceré vuestras órdenes lo mejor que pueda, como siempre he hecho. Nadie luchará como yo por vos.

—Lo sé —dijo el León. Se puso de pie y posó una mano con cuidado sobre el protector de hombro de Holguin—. No creas que confundo desacuerdo con deslealtad. Las dudas que se manifiestan en voz alta no me preocupan. No, es la disidencia enmascarada a la que debemos temer siempre.

El León se alejó, atravesando la proyección de hololito; por un momento, los Quinientos Mundos le iluminaron. Levantó una mano como si quisiera arrancar a Zephath del mapa. En su lugar, lo acunó con la palma.

—Tu razonamiento tiene lógica, Holguin. Hay quinientos mundos para elegir. ¿Por dónde empezar? Hubo una docena que lo buscaron,

sin hallar ni siquiera un susurro del Acechante Nocturno. Tan solo perseguían sombras —explicó. La mano del primarca recorrió decenas de sistemas estelares, y apuntó con un dedo a Macragge antes de regresar a Zephath—. Supongo que, si fuera otro, el hecho de que una flota vengativa lo persiguiera, lo haría retirarse rápidamente. Buscaría poner la mayor distancia posible entre sí mismo y Macragge. Como afirmas, podría incluso intentar atravesar la Tormenta de Ruina más allá del alcance de la luz del faro de Sotha. Eso sería lo lógico.

—Pero Curze es una criatura incapaz de dominar su propia maldad, y es su locura quien lo guía. No puede evitar dejar un rastro de sangre y horror. A cada paso que da, tiene que dar rienda suelta a su deseo de hacer daño. Curze no quiere nada de Horus, desprecia tanto al señor de la guerra como al Emperador. Es esclavo de la paranoia y de los delirios que hablan de libertad. Te equivocas, Holguin, porque tú estás cuerdo y razonas.

—En ese caso, mi señor, ¿cómo podemos predecir el comportamiento de lo irracional? Si Curze carece de juicio o no sigue ningún patrón, eso lo hace incluso más difícil de encontrar, no más fácil.

—Exactamente. Es impredecible; no podemos anticiparnos a su próximo ataque y, por lo tanto, nos vemos obligados a ir detrás de él. Curze es un depredador, lo encontraremos por los restos de su presa. Es por eso que no podemos dejar la caza a la sabiduría convencional, sino que debemos confiar en los activos más etéreos e intangibles que tenemos a nuestra disposición. Las visiones de disformidad de los bibliotecarios no son descripciones, son sueños a medias, formados tanto por el deseo y la emoción como por la realidad. Curze no puede esconderse de ellas, al igual que no puede esconderse de su propia naturaleza.

Holguin seguía sin parecer convencido, pero esa no había sido la intención del León. El teniente electo había sido sincero, una vez más, en su declaración de obediencia y eso era todo lo que el León quería. Compartía sus pensamientos simplemente por darles forma, confiando en que la vocalización de las ideas abstractas las convirtiera en un plan de acción.

—Debo dar órdenes a la flota, mi señor —dijo Stenius. Observó el mapa durante unos segundos—. ¿Debemos reunirnos directamente en Zephath, o designamos un sistema de paso antes del traslado final?

El León pensó en ello de regreso al trono. Se sentó, reposó las manos en los brazos de la enorme silla, y miró a cada uno de sus oficiales.

—Que cada barco se dirija a toda velocidad hacia el sistema de Zephath. Que creen un perímetro armado alrededor de los mundos centrales y que ningún navío abandone el sistema. No se abrirá fuego, excepto si es para defenderse o para hacer cumplir el bloqueo, como está establecido en mis órdenes vigentes. Que esperen la llegada de la *Hazañas de Honor*.

Los demás asintieron aceptando las órdenes. Era la tredecima vez que la flota llevaba a cabo acciones como esas, pero el León no consentiría un exceso de confianza.

—Si Curze está allí, me encargaré de él personalmente.

DOS

Un terrible retorno

Caliban, 011.M31

Zahariel corría.

Pero nunca llegaba a la superficie.

A su alrededor, el túnel, que se retorció y se doblaba como un bravío caballo de guerra, lo tiraba al suelo. Las paredes temblaban; la piedra y el ferrocemento se desprendían como si fuera piel muerta, y daban paso a algo carnosos y palpitante debajo. Las grietas se ensanchaban y se formaban sedimentos de cristales en ellas, como si fuera hielo que se congelaba con rapidez. Brotaban con un brillo azul cerúleo, y bañaban la escena con sombras de color púrpura mientras el entorno del bibliotecario continuaba inclinándose y moviéndose.

Algo se estrelló contra un lateral de su cabeza. Como un acto reflejo, levantó un brazo y un escudo dorado de energía lo protegió del siguiente bloque de mampostería. Las piedras gigantescas cayeron al suelo y cubrieron a Zahariel de escombros. La sangre le goteaba por la mejilla y el cuello. Aturdido, luchó contra un repentino deseo de dormir.

Pero perdió la pelea y cayó en la semiinconsciencia.

Oyó que algo se movía. Al principio, pensó que eran las rocas que se deslizaban, pero luego Zahariel escuchó el susurrante murmullo de las hojas. El sonido procedía de las ramas del bosque, que se rozaban y entrelazaban. Eran los árboles que conversaban.

Había aprendido a escuchar el bosque igual que había aprendido la lengua de su madre y de su padre.

Era una noche tranquila. Una noche en la que las almas de los árboles dormían; estaban apaciguadas.

Recordó la cacería. Los altos guerreros caminaban con sus cotas de malla, con las lanzas láser cargadas y las arcubinas listas. Solo la mitad volvió. Pero la Gran Bestia que había devastado Densenoor y Vordenn había caído también, y ahora el bosque descansaría de nuevo.

Podía oír a Nemiel roncar en el otro catre. Un sabio errante había llegado al pueblo dos días antes y Nemiel se había pasado escuchando sus historias todo el día y toda la noche. Se había corrido la voz de que había que traerlo a casa, pero Nemiel había estado escondiéndose. Al final, lo habían desterrado a esta pequeña habitación y se le había prohibido ver la cacería, pero Zahariel lo había ayudado a salir de su prisión durante un rato. El sabio errante había contado historias sobre Clemagh Feg, el mago de las cavernas, y Nemiel había sugerido que él y Zahariel salieran a buscar la legendaria Cueva Dorada.

Zahariel conocía las historias casi tan bien como los mitos, de tantas veces que las había escuchado. Los afortunados escuchaban historias acerca de los extraños poderes del bosque, o de la llamada a las profundidades. Historias como la de Striken, el guerrero de escarcha, a quien se le había concedido el poder de las palabras de hielo; o la historia de Sar Favon y el sapo que susurraba, al que un místico salvador había rescatado de una muerte segura.

Sin embargo, eran las historias más oscuras, las que al recordarlas hacían que Zahariel se estremeciera, las que más le intrigaban. Se suponía que eran advertencias de lo que les sucedía a los niños y a las niñas desobedientes, a los que se adentraban demasiado en el bosque o en las cuevas.

Quería explorar, ir a las arboledas ocultas, y buscar a los hombres crepusculares en su reino subterráneo, porque eran ellos los que conocían los orígenes de las historias. Poseían conocimientos del tiempo anterior al bosque, anterior al pueblo, anterior a la llegada de la Orden.

Sabían lo que pasó antes del ascenso del León.

Antes de la llegada de la Legión.

Zahariel recobró el sentido. No estaba muy seguro de dónde esta base encontraba, pero lo bañaba el resplandor azul de los sedimentos de cristal. Sentía la presión de miles de toneladas de arcología que se habían desprendido y descansaban, precariamente, por encima de él. Algo más que su escudo psíquico debía de haberlo salvado, ¿la suerte, quizá? Parecía poco probable. Había soñado con los viejos cuentos, con las historias

en las que no había pensado durante décadas, lo cual tenía que tener un significado más profundo. Un recuerdo suprimido por su entrenamiento de bibliotecario que ahora se permitía resurgir.

Era un recordatorio de que una vez hubo otros poderes en los oscuros rincones de las profundidades del mundo.

¿Habían llegado a marcharse?

El sonido de algo moviéndose hizo que Zahariel se girase mientras se levantaba sobre una rodilla. Las piedras cambiantes habían formado una especie de pasillo, una grieta entre los escombros que lo dirigían aproximadamente hacia el norte.

A pocos metros, había una mujer muerta. Era evidente que estaba muerta porque la cabeza le caía sobre el hombro y tenía los ojos entrecerrados. También tenía la túnica azul y los pantalones grises manchados de sangre. Era imposible que un humano normal perdiese tanta sangre y sobreviviera.

El suelo tembló de nuevo cuando Zahariel intentó ponerse de pie. El cadáver flotante se mecía como un junco, sostenido por la fuerza que emergía de las profundidades de la arcológia en ruinas.

Había más cuerpos detrás de la mujer. Hombres y mujeres, algunos niños. Todos estaban igual de muertos. Parecían trabajadores vestidos con uniropajes y monos. Algunos llevaban equipamiento de minería. De repente, se hizo evidente qué había sido de la gente de la excavación abandonada de la superficie.

Aparecieron más entre las sombras, casi tres docenas.

Una vez de pie, Zahariel sacó su pistola. Tenía doce proyectiles de bólder en la recámara, y más de repuesto en el cinturón.

Pero Zahariel no necesitaba munición física.

Extendió la otra mano y permitió que su mente perforara la barrera invisible que mantenía a raya las terribles energías de la disformidad. Casi a la par, sus pensamientos tomaron el poder. De los dedos extendidos de Zahariel comenzó a crepitar un rayo púrpura. Pequeñas chispas saltaban de la punta de los dedos a las yemas, y las uñas le brillaban como si fueran filamentos de luz.

El suelo dejó de moverse y los cadáveres tambaleantes desaparecieron de la vista, escondiéndose en la azulada penumbra. La visión perfecta de Zahariel escudriñó la oscuridad en busca del resto de señales.

Gusanos. Eran los mismos gusanos mortíferos que lo habían asaltado, a él y al resto de Dark Angels, cuando habían expulsado al Ouroboros de estas cavernas.

No había ni rastro de las bestias, ni de las reinas gigantes, ni de los trabajadores o de los soldados.

Tampoco había indicios de que los hechiceros que habían creado al Ouroboros hubieran sobrevivido. Zahariel no había encontrado ninguna evidencia de su presencia en el asentamiento de la superficie. Tanto él como lord Cypher eran conscientes de la amenaza y se habían esforzado por descubrir cualquier cosa que delatara la presencia de más manipuladores de la disformidad procedentes de Terra.

No había nada. El sentido psíquico de Zahariel no detectaba ninguna manipulación de la disformidad en las proximidades.

Sin embargo, sí que detectaba algo más.

No era un efecto psíquico; no como tal, al menos. Era difícil de identificar, se parecía más a una condición atmosférica. A los no dotados se lo habría descrito como un viento psíquico. Pero era más que un viento, era...

Era un vacío. La nada. Una ausencia de poder psíquico.

Cada vez era más fuerte. Los rayos que salían de la mano de Zahariel se convirtieron en chispas y, luego, se extinguieron cuando una gran barrera se ciñó a su alrededor, al tiempo que neutralizaba la energía psíquica que estaba utilizando. Lo intentó de nuevo. Liberó sus pensamientos a través del cuerpo, pero volvieron a meterse dolorosamente dentro de su cráneo, mientras caía al suelo con un grito. Se llevó las manos a las sienes; la presión interior seguía aumentando.

Sus corazones se aceleraban con cada latido; era una respuesta al peligro que otros podrían haber confundido con miedo. Sin embargo, para un Space Marine era, simplemente, una reacción física que carecía de componente psicológico. Su cuerpo estaba más que listo para pelear y su mente trabajaba a toda velocidad.

No. Zahariel se engañaba a sí mismo.

Sí que era el miedo lo que aceleraba su pulso.

La oscuridad de la antidisformidad que lo rodeaba aislaba al bibliotecario de toda sensación, y lo hacía sentir completamente solo. No podía explorar sus profundidades, ni su masa tan inmensa e intangible que estaba más allá de toda medida; era algo que trascendía la comprensión mortal, incluso la de un bibliotecario. No sabía lo que estaba pasando; nada en su entrenamiento lo había preparado para esta sensación de impotencia y aislamiento.

Tragó saliva cuando entendió lo que sucedía.

La anulación psíquica no era un efecto del Ouroboros.

¡Era el Ouroboros! Su cuerpo incorpóreo se enroscaba en el núcleo de Caliban, al tiempo que liberaba y filtraba energía psíquica hacia y desde la disformidad y el universo material.

Y rodeaba completamente a Zahariel.

No es que no viera a los gusanos, es que no podía. Eran una manifestación física del Ouroboros, como las burbujas en la superficie del agua que delatan la presencia de los depredadores en las profundidades de esta.

Zahariel miró de nuevo las ranuras y las grietas del ferrocemento que lo rodeaba, y captó una masa vibrante detrás de las baldosas y la mampostería. Ningún entrenamiento de la Legión habría evitado el escalofrío que le produjo entender lo que pasaba.

Había una razón por la que no podía ver al Ouroboros. No estaba en la superficie, sino en las profundidades. Estaba dentro de las entrañas del gusano conquistador.

Estaba dentro de la bestia de la disformidad.

La luz de los cristales se apagó y reinó la oscuridad.

Y Zahariel cayó.